

CAPÍTULO XXI.

Entró en el cielo empíreo la alma de María santísima, y á imitacion de Cristo nuestro Redentor volvió á resucitar su sagrado cuerpo; y en él subió otra vez á la diestra del mismo Señor al tercero dia.

Cuán inexplicable es para los mortales la gloria y felicidad de los bienaventurados. — Suceso que lo declara. — Razon que lo muestra. — Colítese cuán inefable será la gloria de la Madre de Dios, y cuán poco se puede explicar ella en la vida mortal. — Sola María entre todos los mortales no pasó por el juicio particular. — En el juicio universal sin ser juzgada vendrá á la diestra de su Hijo, como conjujice de todas las criaturas. — Similitud de la gloria de Madre y Hijo. — Palabras con que Cristo presentó al eterno Padre el alma de su Madre para que fuese colocada en el trono de su Majestad á su diestra. — Razon de dársele ese inaccesible lugar. — Colocacion de el alma de María en el trono de la santísima Trinidad á la diestra de su Hijo. — Correspondencia de la gloria de María á la eminencia inaccesible de aquel lugar. — Distancia infinita de la gloria de las divinas Personas á la de María. — Como la gloria de María es inaccesible y tiene similitud á la de la alma de su Hijo, excediendo esta á aquella sin medida. — Gozo accidental que adquirieron en este dia los bienaventurados. — Palabras con que el eterno Padre manifestó su complacencia en la glorificacion de la alma de María. — Manifestó el Señor á los Santos su voluntad divina de que resucitase María al tercero dia, y fuese colocada en cuerpo y alma á la diestra de su Hijo. — Descendió Cristo del cielo al sepulcro, llevando á su diestra á la alma de su Madre. — Razones que dijo á los Santos que le acompañaban de la conveniencia de la resurreccion de su Madre. — Forma de la resurreccion de la Madre de Dios. — Salió gloriosa en cuerpo y alma del sepulcro sin removerse la piedra, ni descomponerse la túnica. — Cómo correspondió la resurreccion que hizo Cristo de María á la generacion que hizo María de Cristo. — Asuncion de la Madre de Dios. — Resucitó María á la misma hora que su Hijo. — Entrada de María gloriosa en el cielo á la diestra de su Hijo. — Como la celebraron los cortesanos de el cielo. — Recibimiento que la hicieron las tres divinas Personas. — Cuán lamentable es el olvido que tienen los mortales de la gloria eterna. — Mas trabajo les cuesta el olvidarla que les costara su memoria. — Locura de los hombres en trabajar tanto por las penas eternas como por la gloria eterna. — Cuántos exponen su vida por vilísimos intereses, y de la gloria eterna ni aun recuerdo tienen. — Voz de la Madre de Dios para despertar deste letargo á los mortales. — Todo el padecer desta vida parece nada cuando se llega al premio de la eterna. — Cuánto se debe trabajar por la gloria. — Error de los que dicen que se procure asegurar la salvacion, que mas ó menos gloria no importa mucho. — Peligro del que se contenta con lo mediano ó ínfimo de la virtud. — Cuánto padecieran los Santos por merecer un nuevo grado de gloria si les fuera posible.

760. De la gloria y felicidad de los Santos que participan en la vision beatífica y fruicion bienaventurada dijo san Pablo¹ con Isaías²,

¹ I Cor. II, 9. — ² Isaí. LXIV, 4.

que ni los ojos de los mortales vieron, ni los oidos oyeron, ni pudo caber en corazon humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman y en él esperan. Conforme á esta verdad católica, no es maravilla lo que se refiere sucedió á san Agustin, que con ser tan gran luz de la Iglesia, estando para escribir un tratado de la gloria de los bienaventurados, se le apareció su grande amigo san Jerónimo, que acababa de morir y entrar en el gozo del Señor, y desengañó á Agustin, de que no podia conseguir su intento como deseaba; porque ninguna lengua ni pluma de los hombres podria manifestar la menor parte de los bienes que gozan los Santos en la vision beatífica. Esto dijo san Jerónimo. Y cuando por la divina Escritura no tuviéramos otro testimonio mas de que aquella gloria será eterna, por sola esta parte vuela sobre todo nuestro entendimiento, que no puede dar alcance á la eternidad, por mas que extienda sus fuerzas: y porque siendo el objeto infinito y sin medida, es inagotable y incomprehensible, por mas y mas que sea conocido y amado. Y así como quedando infinito y omnipotente crió todas las cosas, sin que todas ellas y otros infinitos mundos, aunque los criara de nuevo, no evacuan ni agotan su poder, porque siempre se quedara infinito y inmutable; así tambien, aunque le vieran y gozaran infinitos Santos, quedara infinito que conocer y amar; porque en la creacion y en la gloria todos le participan limitadamente, segun la condicion de cada uno; pero él en sí mismo no tiene término ni fin.

761. Y por esto es inefable la gloria de cualquiera de los Santos, aunque sea el menor: ¿qué dirémos de la gloria de María santísima, pues entre los Santos es la santísima, y ella sola es semejante á su Hijo mas que todos los Santos juntos, y su gracia y gloria les excede á todos, como la emperatriz ó reina á sus vasallos? Esta verdad se puede y se debe creer; pero en vida mortal no es posible entenderla, ni explicar la mínima parte de ella; porque la desigualdad y mengua de nuestros términos y discurso mas la pueden escurecer que declarar. Trabajemos ahora, no en comprehenderla, sino en merecer que despues se nos manifieste en la misma gloria, donde segun nuestras obras alcanzaremos mas ó menos este gozo que esperamos.

762. Entró en el cielo empíreo nuestro Redentor Jesús con la purísima alma de su Madre á su diestra. Y sola ella entre todos los mortales no tuvo causa para pasar por el juicio particular, y así no le tuvo, ni se le pidió cuenta del recibo, ni se le hizo cargo; porque así se lo prometieron cuando la hicieron exenta de la comun culpa, co-

mo elegida para Reina y privilegiada de las leyes de los hijos de Adán. Por esta misma razón en el juicio universal, sin ser juzgada como los otros, vendrá también á la diestra de su Hijo santísimo, como conjúdice de todas las criaturas. Y si en el primer instante de su concepción fue aurora clarísima y refulgente, retocada con los rayos de el sol de la Divinidad sobre las luces de los más ardientes Serafines, y después se levantó hasta tocar con ella misma en la unión del Verbo con su purísima sustancia y humanidad de Cristo, consiguiente era que por toda la eternidad fuera compañera suya, con la similitud posible entre Hijo y Madre, siendo él Dios y Hombre, y ella pura criatura. Con este título la presentó el mismo Redentor ante el trono de la Divinidad; y hablando con el eterno Padre en presencia de todos los bienaventurados, que estaban atentos á esta maravilla, dijo la Humanidad santísima estas palabras: *Eterno Padre mío, mi amantísima Madre, vuestra Hija querida y Esposa regalada del Espíritu Santo, viene á recibir la posesión eterna de la corona y gloria que para premio de sus méritos la tenemos preparada. Esta es la que nació entre los hijos de Adán, como rosa entre las espinas, intacta, pura y hermosa, digna de que la recibamos en nuestras manos y en el asiento á donde no llegó alguna de nuestras criaturas, ni pueden llegar los concebidos en pecado. Esta es nuestra escogida, única y singular, á quien dimos gracia y participación de nuestras perfecciones sobre la ley común de las otras criaturas; en la que depositamos el tesoro de nuestra divinidad incomprendible y sus dones; y la que fidelísimamente le guardó y logró los talentos que la dimos; la que nunca se apartó de nuestra voluntad, y la que halló gracia¹ y complacencia en nuestros ojos. Padre mío, rectísimo es el tribunal de nuestra misericordia y justicia, y en él se pagan los servicios de nuestros amigos con superabundante recompensa. Justo es que á mi Madre se le dé el premio como á Madre: y si en toda su vida y obras fue semejante á mí en el grado posible á pura criatura, también lo ha de ser en la gloria y en el asiento en el trono de nuestra Majestad, para que donde está la santidad por esencia, esté también la suma por participación.*

763. Este decreto del Verbo humanado aprobaron el Padre y el Espíritu Santo. Y luego fue levantada aquella alma santísima de María á la diestra de su Hijo y Dios verdadero, y colocada (*) en el mismo trono real de la beatísima Trinidad, á donde hombres, ni Ángeles, ni Serafines llegaron, ni llegarán jamás por toda la eternidad. Esta es la más alta y excelente preeminencia de nuestra Reina y Señora estar en

¹ Luc. I, 30. — (*) Véase la nota XXI.

el mismo trono de las divinas personas, y tener lugar en él como Emperatriz, cuando los demás lo tienen de siervos y ministros del sumo Rey. Y á la eminencia ó majestad de aquel lugar, para todas las demás criaturas inaccesible, corresponden en María santísima los dotes de gloria, comprensión, visión y fruición; porque de aquel objeto infinito, que por innumerables grados y variedad gozan los bienaventurados, ella goza sobre todos, y más que todos. Conoce, penetra, entiende mucho más del ser divino y de sus atributos infinitos; ama y goza de sus misterios y secretos ocultísimos, más que todo el resto de los bienaventurados. Y aunque entre la gloria de las divinas Personas y la de María santísima hay distancia infinita; porque la luz de la Divinidad (como dice el Apóstol¹) es inaccesible, y en sola ella habita la inmortalidad y gloria por esencia; y también la alma santísima de Cristo excede sin medida á los dotes de su Madre; pero comparada la gloria de esta gran Reina con todos los Santos, se levanta sobre todos como inaccesible, y tiene una similitud con la de Cristo, que no se puede entender en esta vida, ni declararse.

764. Tampoco se puede reducir á palabras el nuevo gozo que adquirieron este día los bienaventurados, cantando nuevos cánticos de loores al Omnipotente, y á la gloria de su Hija, Madre y Esposa, en quien glorificaba las obras de su diestra. Y aunque al mismo Señor no le puede venir ni suceder nueva gloria interior, porque toda la tuvo y tiene inmutable y infinita desde su eternidad; con todo eso las demostraciones exteriores de su agrado y complacencia en el cumplimiento de sus eternos decretos fueron mayores en este día, porque salía una voz del trono real, como de la persona del Padre, que decía: *En la gloria de nuestra dilecta y amantísima Hija se cumplieron nuestros deseos y voluntad santa, y se ha ejecutado con plenitud de nuestra complacencia. Á todas las criaturas dimos el ser que tienen, criándolas de la nada, para que participasen de nuestros bienes y tesoros infinitos conforme á la inclinación y peso de nuestra bondad inmensa. Este beneficio malograron los mismos á quienes hicimos capaces de nuestra gracia y gloria. Sola nuestra querida y nuestra Hija no tuvo parte en la inobediencia y prevaricación de los demás, y ella mereció lo que despreciaron como indignos los hijos de perdición; y nuestro corazón no se halló frustrado en ella por ningún tiempo ni momento. Á ella pertenecen los premios que con nuestra voluntad común y condicionada preveníamos para los Ángeles inobedientes, y para los hombres que los han imitado, si todos cooperaran con nuestra gracia y*

¹ I Tim. vi, 16.

vocacion. *Ella recompensará este desacato con su rendimiento y obediencia, y nos complació con plenitud en todas sus operaciones, y mereció el asiento en el trono de nuestra Majestad.*

765. El día tercero que la alma santísima de María gozaba de esta gloria para nunca dejarla, manifestó el Señor á los Santos su voluntad divina de que volviese al mundo, y resucitase su sagrado cuerpo uniéndose con él, para que en cuerpo y alma fuese otra vez levantada á la diestra de su Hijo santísimo, sin esperar á la general resurreccion de los muertos. La conveniencia de este favor y la consecuencia que tenia con los demás que recibió la Reina del cielo, y con su sobreexcelente dignidad, no la podian ignorar los Santos; pues á los mortales es tan creible, que cuando la santa Iglesia no la aprobara, juzgáramos por impio y estulto al que pretendiera negarla. Pero conociéronla los bienaventurados con mayor claridad, y la determinacion del tiempo y hora, cuando en sí mismo les manifestó su eterno decreto. Y cuando fue tiempo de hacer esta maravilla, descendió del cielo el mismo Cristo nuestro Salvador, llevando á su diestra la alma de su beatísima Madre, con muchas legiones de Ángeles, y los Padres y Profetas antiguos. Llegaron al sepulcro en el valle de Josafat, y estando todos á la vista del virginal templo, habló el Señor con los Santos, y dijo estas palabras:

766. *Mi Madre fue concebida sin mácula de pecado, para que de su virginal sustancia purísima y sin mácula me vistiese de la humanidad en que vine al mundo, y le redimi del pecado. Mi carne es carne suya; y ella cooperó conmigo en las obras de la redencion: y así debo resucitarla como resucité de los muertos, y que esto sea al mismo tiempo y á la misma hora; porque en todo quiero hacerla mi semejante.* Todos los antiguos Santos de la naturaleza humana agradecieron este beneficio con nuevos cánticos de alabanza y gloria del Señor. Y los que especialmente se señalaron fueron nuestros primeros padres Adán y Eva, y despues de ellos santa Ana, san Joaquin y san Josef, como quien tenia particulares títulos y razones para engrandecer al Señor en aquella maravilla de su omnipotencia. Luego la purísima alma de la Reina con el imperio de su Hijo santísimo entró en el virginal cuerpo, y le reformó y resucitó, dándole nueva vida inmortal y gloriosa, y comunicándole los cuatro dotes de claridad, impassibilidad, agilidad y subtileza, correspondientes á la gloria de la alma, de donde se derivan á los cuerpos.

767. Con estos dotes salió María santísima del sepulcro en alma y cuerpo, sin remover ni levantar la piedra con que estaba cer-

rado, quedando la túnica y toalla compuestas en la forma que cubrian su sagrado cuerpo. Y porque es imposible manifestar su hermosura, belleza y refulgencia de tanta gloria, no me detengo en esto. Bástame decir, que como la divina Madre dió á su Hijo santísimo la forma de hombre en su tálamo virginal, y se la dió pura, limpia, sin mácula y impecable para redimir al mundo: así tambien en retorno de esta dádiva la dió el mismo Señor en esta resurreccion y nueva generacion otra gloria y hermosura semejante á sí mismo. Y en este comercio tan misterioso y divino cada uno hizo lo que pudo; porque María santísima engendró á Cristo asimilado á sí misma en cuanto fue posible; y Cristo la resucitó á ella, comunicándola de su gloria cuanto ella pudo recibir en la esfera de pura criatura.

768. Luego desde el sepulcro se ordenó una solemnisima procesion con celestial música por la region del aire, por donde se fué alejando para el cielo empireo. Sucedió esto á la misma hora que resucitó Cristo nuestro Salvador, domingo inmediato despues de media noche; y así no pudieron percibir esta señal por entonces todos los Apóstoles, fuera de algunos que asistian y velaban al sagrado sepulcro. Entraron en el cielo los Santos y Ángeles con el orden que llevaban; y en el último lugar iban Cristo nuestro Salvador, y á su diestra la Reina vestida de oro de variedad (como dice David¹), y tan hermosa que pudo ser admiracion de los cortesanos del cielo. Convirtiéronse todos á mirarla y bendecirla con nuevos júbilos y cánticos de alabanza. Así se oyeron aquellos elogios misterioso que la dejó escritos Salomon: Salid, hijas de Sion, á ver á vuestra Reina, á quien alaban las estrellas matutinas y festejan los hijos del Altísimo. ¿Quién es esta que sube de el desierto como varilla de todos los perfumes aromáticos²? ¿Quién es esta que se levanta como la aurora, mas hermosa que la luna, escogida como el sol, y terrible como muchos escuadrones ordenados³? ¿Quién es esta que sube de el desierto asegurada en su dilecto, y derramando delicias con abundancia⁴? ¿Quién es esta en quien la misma Divinidad halló tanto agrado y complacencia sobre todas sus criaturas, y la levanta sobre todas al trono de su inaccesible luz y majestad? ¡Oh maravilla nunca vista en estos cielos! ¡oh novedad digna de la sabiduría infinita! ¡oh prodigio de su omnipotencia que así la magnificas y engrandeces!

769. Con estas glorias llegó María santísima en cuerpo y alma

¹ Psalm. XLIV, 10. — ² Cant. III, 6. — ³ Ibid. VI, 9. — ⁴ Ibid. VIII, 5.

al trono real de la beatísima Trinidad. Y las tres divinas Personas la recibieron en él con un abrazo eternamente indisoluble. El eterno Padre la dijo: *Asciende mas alto que todas las criaturas, electa mia, hija mia y paloma mia.* El Verbo humanado dijo: *Madre mia, de quien recibí el ser humano y el retorno de mis obras con tu perfecta imitación, recibe ahora el premio de mi mano que tienes merecido.* El Espíritu Santo dijo: *Esposa mia amantísima, entra en el gozo eterno que corresponde á tu fidelísimo amor, ama y goza sin cuidados, que ya se pasó el invierno de padecer¹, y llegaste á la posesión eterna de nuestros abrazos.* Allí quedó absorta María santísima entre las divinas Personas, y como anegada en aquel piélago interminable y en el abismo de la Divinidad; los Santos llenos de admiración, de nuevo gozo accidental. Y porque en esta obra de la Omnipotencia sucedieron otras maravillas, diré algo si pudiere en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

770. Hija mia, lamentable y sin excusa es la ignorancia de los hombres en olvidar tan de propósito la eterna gloria que Dios tiene prevenida para los que se disponen á merecerla. Este olvido tan pernicioso quiero que llores con amargura y te lamente sobre él; pues no hay duda que quien con voluntad se olvida de la felicidad y gloria eterna, está en evidente peligro de perderla. Ninguno tiene legítimo descargo en esta culpa, no solo porque el tener esta memoria y procurar alcanzarla no les cuesta á todos mucho trabajo; sino antes para olvidar el fin para que fueron criados, trabajan mucho con todas sus fuerzas. Cierto es que nace este olvido de entregarse los hombres á la soberbia de la vida, á la codicia de los ojos, y á la concupiscencia de la carne²; porque empleando en esto todas las fuerzas y potencias del alma, y todo el tiempo de la vida, no queda cuidado, ni atención ni lugar para pensar con sosiego, ni aun sin él, en la felicidad eterna de la bienaventuranza. Pues digan los hombres y confiesen si les cuesta mayor trabajo esta memoria que el seguir sus pasiones ciegas, en adquirir honra, hacienda y deleites transitorios, que se acaban antes que la vida. Y muchas veces después de fatigados no los consiguen, ni pueden.

771. ¡Cuánto mas fácil es para los mortales no caer en esta perversidad, y mas para los hijos de la Iglesia, pues tienen á la mano la fe y la esperanza, que sin trabajo les enseñan esta verdad! Y cuando merecer el bien eterno les fuera tan costoso como lo es alcanzar

¹ Cant. II, 11. — ² I Joan. II, 16.

la honra y la hacienda, y otros deleites aparentes, gran locura es trabajar tanto por lo falso como por lo verdadero, por las penas eternas como por la eterna gloria. Esta abominable estulticia conocerás bien, hija mia, para llorarla, si consideras en el siglo que vives, tan turbado con guerras y discordias; cuántos son los infelices que se van á buscar la muerte por un breve y vano estipendio de honra, de venganza, y de otros vilísimos intereses; y de la vida eterna ni se acuerdan ni cuidan mas que si fueran irracionales; y sería dicha suya acabar como ellos con la muerte temporal; pero como los mas obran contra justicia, y otros que la tienen viven olvidados de su fin, los unos y los otros mueren eternamente.

772. Este dolor es sobre todo dolor, y desdicha sin igual y sin remedio. Aflijete, lamentate y duelete sin consuelo sobre esta ruina de tantas almas compradas con la sangre de mi Hijo santísimo. Y te aseguro, carísima, que desde el cielo, donde estoy en la gloria que has conocido (si los hombres no lo desmerecieran), me inclina la caridad á darles una voz que se oyera por todo el mundo, y clamando les dijera: *Hombres mortales y engañados, ¿qué haceis? ¿En qué vivis? ¿Por ventura sabeis lo que es ver á Dios cara á cara, y participar su eterna gloria y compañía? ¿En qué pensais? ¿Quién así os ha turbado y fascinado el juicio? ¿Qué buskais, si perdeis este verdadero bien y felicidad sin haber otra? El trabajo es breve, la gloria infinita y la pena eterna.*

773. Con este dolor que en tí quiero despertar procura trabajar con desvelo para no incurrir en este peligro. Ejemplo vivo tienes en mi vida, que toda fue un continuado padecer, y tal como has conocido; pero cuando llegué á los premios que recibí, todo me pareció nada, y lo olvidé como si nada fuera. Determinate, amiga, á seguirme en el trabajo; y aunque sea sobre todos los de los mortales, repítalo como levisimo, y nada dificultes ni te parezca grave ni muy amargo aunque sea entrar por fuego y acero. Alarga la mano á cosas fuertes¹, y guarnece á los domésticos tus sentidos con dobladas vestiduras² de padecer y obrar con todas tus potencias. Junto con esto quiero no te toque otro comun error de los hombres que dicen: procuremos asegurar la salvacion, que mas ó menos gloria no importa mucho, pues allá estaremos todos. Con esta ignorancia, hija mia, no se asegura la salvacion, antes se aventura; porque se origina de grande estulticia y poco amor á Dios, y quien pretende estos partidos con su Majestad, le desobliga para que le deje en el pe-

¹ Prov. XXXI, 19. — ² Ibid. 21.

ligro de perderlo todo. La flaqueza humana siempre obra menos en lo bueno de lo que se extiende su deseo; y cuando este no es grande ejecuta muy poco; pues si desea poco, pónese á riesgo de perderlo todo.

774. El que se contenta con lo mediano ó infimo de la virtud, siempre deja lugar en la voluntad y en las inclinaciones para admitir de intento otros afectos terrenos y amar á lo transitorio; y esto no se puede conservar sin encontrarse luego con el amor divino; y por esto es imposible dejar de que se pierda el uno y permanezca el otro. Determinándose la criatura á amar á Dios de todo corazón y con todas sus fuerzas, como él lo manda ¹, este afecto y determinación toma el Señor en cuenta cuando la alma por otros defectos no alcanza á los mas levantados premios. Mas el despreciarlos ó no estimarlos de intento, no es amor de hijos, ni de amigos verdaderos, sino de esclavos que se contentan con vivir y pasar. Y si los Santos pudieran volver á merecer de nuevo algun grado de gloria padeciendo los tormentos del mundo hasta el día del juicio, sin duda lo hicieran; porque tienen verdadero y perfecto conocimiento de lo que vale aquel premio, y aman á Dios con caridad perfecta. No conviene que se conceda esto á los Santos; mas concedióseme á mí, como lo dejás escrito en esta Historia ²; y con mi ejemplo queda confirmada esta verdad y reprobada la insipiencia de los que por no padecer ni abrazarse con la cruz de Cristo quieren el premio limitado contra la misma inclinación de la bondad infinita del Altísimo que desea que las almas tengan méritos para ser premiadas copiosamente en la felicidad de la gloria.

CAPÍTULO XXII.

Fue coronada María santísima por Reina de los cielos y de todas las criaturas, confirmandole grandes privilegios en beneficio de los hombres.

Declárase en qué sentido hay diversas estancias en la gloria. — Cómo se entiende el que la santísima Trinidad está en el cielo en su real trono. — Propriedad con que la humanidad de Cristo y su Madre están en el cielo en lugar mas eminente que los demás Santos. — Cuál es el trono de la Divinidad en que se manifiesta á los Santos. — En qué modo está Cristo en este trono. — Cómo se entiende que está en ese trono María á la diestra de su Hijo. — Declaran las tres divinas Personas delante de toda la corte celestial á María por Reina de todas las criaturas. — Coronación de la Madre de Dios. — Pri-

¹ Deut. vi, 5. — ² Supr. n. 2.

villegio divino de la dignidad de Reina que se concedió á María. — Sobre el cielo y sus moradores. — Sobre el infierno y sus demonios. — Sobre los elementos y sus criaturas. — Sobre los mortales. — Sobre la Iglesia militante. — Sobre los reinos católicos. — Sobre los justos. — Bienes de que fue constituida tesorera para dispensar en su dominio. — Precepto divino de que todos los cortesanos del cielo diesen la obediencia á María, y la reconociesen por su Reina. — Recompensa que tuvo en este precepto de el culto que había dado la Madre de Dios á los Santos. — Adoración de los Angeles, almas y Santos de la corte celestial á su Reina. — Gloria accidental del cielo en este día de la coronación de María. — Señal de singular hermosura que tiene María gloriosa en el pecho por la singularidad con que fue digno sagrario de Cristo sacramentado. — Tiempo en que sucedieron estos misterios de la gloria de María. — Coligieron san Pedro y san Juan por ilustración divina que había resucitado la Virgen, reconociendo que el día tercero había cesado la música en su sepulcro. — Junto san Pedro á todos los Apóstoles, discípulos y otros fieles, para que en presencia de todos se abriese el sepulcro. — Halláronle sin el sagrado cuerpo y con la túnica sin haberse descompuesto. — Quedaron certificados de la resurrección y ascension de la Madre de Dios. — Aparecióseles un Angel que los confirmó en la verdad deste misterio de parte de su Reina. — Á cada uno de los Apóstoles se apareció María en su martirio y presentó su alma al Señor. — Quejas que tiene la Madre de Dios de los mortales de que no se valgan de su intercesión para lograr los bienes que á ella tiene el Señor vinculado. — Nunca se ha ignorado en la Iglesia cuán poderosa es su intercesión. — Cuán irritada está la justicia divina de tantas culpas de los hijos de la Iglesia despues de tantos beneficios. — Aun tiene la clemencia de María detenida la justicia divina y inclinada la bondad para favorecernos, si nos valemos de su intercesión. — Exhortación de la divina Maestra á su discípula al cumplimiento de la doctrina que le ha dado y aspirar al estado que se le ha mostrado.

775. Cuando se despidió Cristo Jesús nuestro Salvador de sus discípulos para ir á padecer, les dijo no se turbasen sus corazones ¹ por las cosas que les dejaba advertidas; porque en la casa de su Padre, que es la bienaventuranza, había muchas mansiones. Y fue asegurarles que había lugar y premios para todos, aunque los merecimientos y las obras buenas fuesen diversas; y que ninguno se turbase ni contristase perdiendo la paz y la esperanza, aunque viese á otro mas aventajado ó adelantado; porque en la casa de Dios hay muchos grados y estancias en que cada uno estará contento con la que le tocara, sin envidiar al otro, que esto es una de las grandes dichas de aquella felicidad eterna. He dicho ² que María santísima fue colocada en el supremo lugar y estancia en el trono de la beatísima Trinidad, y muchas veces he usado de esta palabra para declarar misterios tan grandes, como tambien usan de ella los San-

¹ Joan. xiv, 1. — ² Supr. n. 765.